



Robert Schuman



European Union Center/ Jean Monnet Chair

Portugal y España, ingreso en la Unión Europea: Aliados para el desarrollo y la democracia

Joaquín Roy

**UNIVERSITY
OF MIAMI**



**Vol. 21, No. 1
Paper Series
January 2021**

Published with the support of the European Commission

The Jean Monnet/ Robert Schuman Paper Series

The Jean Monnet/Robert Schuman Paper Series is produced by the Jean Monnet Chair and the European Union Center of the University of Miami.

These monographic papers analyze ongoing developments within the European Union as well as recent trends which influence the EU's relationship with the rest of the world. Broad themes include, but are not limited to:

- The Lisbon Treaty
- The Euro zone crisis
- Immigration and cultural challenges
- Security threats and responses
- The EU's neighborhood policy
- The EU and Latin America
- The EU as a model and reference in the world
- Relations with the United States
- Consequences of Brexit

These topics form part of the pressing agenda of the EU and represent the multifaceted and complex nature of the European integration process. These papers also seek to highlight the internal and external dynamics which influence the workings of the EU and its relationship with the rest the world.

European Union Center

University of Miami
1300 Campo Sano Building, 220C
Coral Gables, FL 33124-2231
Phone: 305-284-3266
Fax: (305) 284 4406
Web: www.miami.edu/eucenter

Jean Monnet Chair Staff

Joaquín Roy Director
Beverly Barrett Associate Editor
Melanie Goergmaier Associate Editor
Maxime Larivé Research Associate
María Lorca Research Associate

Florida International University
Markus Thiel (Director, FIU)

International Jean Monnet Editorial Advisors:

Philippe de Lombaerde, UNU/CRIS, Brugge, Belgium
Carlos Hakansson, Universidad de Piura, Perú
Kurt Hübner, University of British Columbia, Vancouver
Finn Laursen, University of Southern Denmark
John McCormick, Indiana University, Purdue
Félix Peña, Universidad Nacional de Tres de Febrero, Buenos Aires, Argentina
Beatriz Pérez de las Heras, Universidad de Deusto, Bilbao
Manuel Porto, University of Coimbra, Portugal
Lorena Ruano, CIDE, Mexico
Eric Tremolada, Universidad del Externado de Colombia, Bogotá, Colombia
Roberto Domínguez, Suffolk University, Boston
Francesc Granell, University of Barcelona

Portugal y España, ingreso en la Unión Europea: Aliados para el desarrollo y la democracia.¹

Joaquín Roy²
Universidad de Miami

Tras treinta y cinco años de común pertenencia en la Unión Europea, Portugal y España son un ejemplo de modélica integración tanto en Europa, como entre ellas. La frontera no existe y las economías prácticamente se han fusionado. Los ciudadanos a ambos lados disfrutan de un turismo sin límites y efectúan sus compras de acuerdo con sus conveniencias y las reglas del mercado. Conviene, por lo tanto, efectuar un repaso de recuerdo del proceso.

Una historia común

El análisis comparativo de la inserción de Portugal y España en la Comunidad Europea (CE) representa una oportunidad única de estudio acerca de cómo los Estados medianos y pequeños abordan los temas políticos y económicos del mundo de hoy, desde el punto de vista individual y en un contexto internacional. Ambas naciones han observado el proceso europeo de integración desde una perspectiva diferente, pero comparten numerosas cruciales características históricas, sociales y económicas.

En la segunda mitad del siglo xx, los ciudadanos portugueses y españoles percibían a la CE como sinónimo de Europa: libertad, democracia y progreso. La pertenencia al exclusivo club europeo era una misión que no se podía poner en duda. La actitud de resistencia, ambivalencia o (peor) de rechazo al proyecto europeo era considerada como antipatriótica, regresiva y sin objetivo alguno. Ciertos factores históricos proporcionan la clave que explica tal entusiasmo ibérico.

¹ Este texto refleja parte del contenido de dos trabajos: Joaquín Roy and Aimee Kanner "Spain and Portugal in the European Union", *The European Union and the Member States: Cooperation, Coordination, and Compromise*. Eleanor E. Zeff and Ellen B. Pirro (eds.) Boulder, CO: Lynne Rienner, 2001, pp. 235-263, y, Joaquín Roy y Aimee Kanner. "España y Portugal en la Unión Europea", México: Universidad Autónoma de México (UNAM), 2001. Monografía.

² **Joaquín Roy** es Licenciado en Derecho por la Universidad de Barcelona y Doctor por Georgetown University. Es catedrático Jean Monnet "ad personam" y Director del Centro de Excelencia de la Unión Europea de la Universidad de Miami. Es autor de más de 200 artículos y reseñas publicadas en revistas académicas. Es autor o editor de 40 libros, entre los más recientes destacan: *Lisbon Fado: The European Union under Reform* (2009); *The Cuban Revolution (1959-2009): its relationship with Spain, the European Union and the United States* (2009); *España, la Unión Europea y la integración latinoamericana* (2010), *Spain in the EU: the last twenty five years* (2011), y *The TTIP: The Trade and Investment Partnership between the United States and the EU* (2014). Ha publicado más de 1.800 columnas y ensayos en diarios y revistas. Entre las distinciones recibidas destaca la Encomienda de la Orden del Mérito Civil, otorgada por el Rey Juan Carlos I de España

Ambos socios de la ampliación de la Comunidad Europea en 1986 estuvieron prácticamente ausentes en los principales acontecimientos que impulsaron a fundar la Comunidad. Afortunadamente, Portugal y España no participaron en la segunda confrontación bélica del siglo xx, aunque Portugal formó parte del bando aliado en la Primera Guerra Mundial y fue miembro fundador de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), por razones geoestratégicas.

De hecho, en contraste con ejemplos de otros estados europeos vecinos, los pueblos de España y Portugal no conservan recuerdos de guerras entre sí. Las únicas excepciones son las confrontaciones entre los monarcas prehispanos y sus socios portugueses en la Edad Media, durante la suave competencia en el periodo del descubrimiento y la colonización de América, cuando Portugal (desposeído de herederos al trono) estuvo bajo el dominio de los reyes españoles desde 1580 a 1640; y cuando en 1801, Portugal se vio obligado a ceder Olivenza a España.

Ambos Estados se consolidaron al transcurso de los siglos, debido al lento pero inexorable avance de sus llamadas reconquistas, realizadas en forma paralela, para expulsar a los musulmanes. Ninguno sufrió ataques o invasiones de otros estados, con la única excepción del régimen napoleónico y, en el caso de España, de la ocupación de Menorca y la conversión de Gibraltar en colonia. La guerra, en el más amplio sentido europeo, no estaba presente en el contexto de conversión de los estados ibéricos a miembros de la CE.

Un aislamiento compartido

La especie de “soledad espléndida” experimentada históricamente por España y Portugal dotó a los sectores autoritarios y tradicionales de ambas naciones de la protección necesaria contra influencias perturbadoras procedentes del exterior, incluida la consolidación de la democracia liberal en el siglo xx. La falta de comunicación con el resto de Europa y las dispares experiencias históricas fueron los aliados naturales de los sectores conservadores de ambos países para desafiar su destino europeo. Parafraseando un lema turístico, surgido en España en el decenio 1960-69, se afirmaba que Iberia era “diferente”, tanto a ojos de otros europeos, como para la opinión del orden establecido en España y Portugal.

Esos sentimientos fueron especialmente evidentes durante los oscuros regímenes del general Francisco Franco y el profesor Antonio Oliveira Salazar (seguido por Marcelo Caetano), establecidos en España (1939-1975) y Portugal (1928-1974), respectivamente. Aquél, desposeído de todo respeto internacional, decidió fortalecer sus lazos con Latinoamérica en torno a una *nueva hispanidad*.

La falta de un espacio en el cual maniobrar dentro de Europa fue enmascarado por el renacimiento del nuevo papel de España como *madre patria* en Latinoamérica. El régimen portugués convirtió sus colonias africanas en provincias y adoptó el peculiar concepto de *lusotropicalismo*. El espejismo de una nación portuguesa en expansión era ilustrado con mapas que mostraban las dependencias africanas y asiáticas, y una expresión de Salazar: “Portugal *no* es un país pequeño”, con el que se recibía a los visitantes.

La Europa forjada por un grupo de personalidades (Monnet, Schuman, Adenauer y De Gasperi) en torno a una región conflictiva marcada por el valor estratégico del carbón y el acero era, para España y Portugal, un objetivo prohibido. Exceptuando sus minorías intelectuales y políticas, el espacio que abarca desde los Pirineos hasta Luxemburgo y los Alpes era un territorio

extraño poblado por pueblos con una cultura diferente, alejada de la tranquila y lenta existencia de la ribera del Tajo y las soleadas orillas del Mediterráneo.

Al mismo tiempo, sin embargo, Europa era todavía un sueño por cumplir. Finalmente, varias actividades selectivas intelectuales, económicas, sociales y políticas impusieron la ansiada presión a los sectores políticos progresistas y a la clase empresarial para incrementar el interés por la CE. Esta coalición amorfa creó una agenda de doble eje diseñada para lograr la democracia y apertura de mercados.

Aislamiento y autoritarismo (en cierto modo, el origen del fascismo ibérico) fueron las enfermedades que España y Portugal querían curar por medio de su inclusión como miembros de la CE. Una agenda política encubierta siempre aparecía sobre la importancia y las potenciales ventajas económicas que supondría convertirse en miembro del privilegiado club de la CE. La membresía constituía un modo de introducirse de nuevo en la comunidad internacional de manera respetable.

Los intereses políticos y estratégicos siempre han tenido prioridad para los líderes ibéricos. Por ejemplo, aunque la expansión de la UE en 1995 suponía una amenaza para las industrias pesquera y agrícola de España, el gobierno español apoyó firmemente la inclusión de Austria, Finlandia y Suecia como Estados miembros, ya que una Unión mayor y más fuerte traería consigo más beneficios que desventajas, especialmente para alcanzar objetivos internacionales.

Ese sentimiento fue expresado en las declaraciones referentes a la conveniencia de una nueva expansión hacia Europa Central y Oriental. A pesar de que algunos de estos países, especialmente Polonia, podían plantear una competencia considerable para los productos agrícolas de la Península Ibérica, el primer ministro Antonio Guterres mostró su acuerdo respecto a la expansión argumentando que “es esencial para la paz”. Portugal no sólo demostró, en su momento, su “apoyo incondicional” a la quinta ampliación europea, sino que aceptó la responsabilidad de cooperar con las instituciones de los futuros Estados miembros de la UE a fin de facilitar su proceso de transición.

Voluntad de pertenencia

España y Portugal necesitaron toda una década para convencer a la CE de que estaban preparados para cumplir los estrictos requisitos necesarios para convertirse en miembros. Casi en forma simultánea, ambas naciones se comprometieron a deshacerse de sus regímenes dictatoriales: Portugal con la Revolución de 1974, y España en 1975 con la muerte de Franco. En 1977, Portugal y España presentaron oficialmente sus candidaturas para la membresía. Cuando, el 12 de junio de 1985, ambos estados firmaron los Tratados de Adhesión y el 1 de enero de 1986 se convirtieron en estados miembros oficiales, la catedral europea pudo considerarse un poco más completa. De esta forma, incluía países desde la costa del Atlántico hasta los límites del área dominada por la antigua Unión Soviética. Después del año 1985, la forma de tratar ciertos asuntos rutinarios no sería la misma. Con España y Portugal como estados miembros, la Comunidad tenía un nuevo rostro, especialmente para el resto del mundo y, muy concretamente, para África y Latinoamérica.

Las fuerzas políticas de España y Portugal tuvieron que considerar tres aspectos esenciales relativos a la decisión de formar parte de la CE: el impacto de su membresía sobre sus economías nacionales, la definición de sus sistemas económicos y sobre todo políticos, y su

estatus internacional respecto a su soberanía y relaciones exteriores. Mientras todas las fuerzas políticas en España apoyaban de forma férrea los esfuerzos para convertirse en Estado miembro; los partidos políticos portugueses estaban divididos, en un principio, entre la izquierda radical, que se oponía al proceso, y los moderados y conservadores, que presionaban a su favor. Ambas naciones tuvieron que seguir un curso intensivo como socios para el progreso y el desarrollo democrático, a la vez que solicitaban su admisión a la CE.

Todas las fuerzas políticas en España y Portugal estaban preocupadas por la brecha productiva respecto a la mayoría de los miembros de la CE y el grupo de la primera ampliación. Quienes se mostraban favorables a la expansión reconocían el esfuerzo que sus países tenían que realizar para reestructurar su economía, pero lo aceptaban como el precio a pagar a cambio de la modernidad.

Por el contrario, los sectores que se oponían o guardaban ciertas reservas (los comunistas de Portugal y, en una fase temprana, sus socios españoles y los socialistas, todos ellos bajo la influencia del paradigma centro-periferia) no estaban dispuestos a hacer tal sacrificio para conseguir un objetivo a largo plazo. La desaparición de fronteras entre Estados miembros, el desarrollo de un marco legislativo único, un sistema de impuestos común y la supremacía del mercado sobre el papel de los Estados dividieron a los partidos entre quienes se oponían a la membresía y la mayoría que aceptaba lo inevitable.

En el terreno político, los previos fracasos de España y Portugal para convertirse en miembros de la comunidad internacional, en vista de la incompatibilidad de sus sistemas políticos, forzaron a la mayoría de los partidos a pugnar por la integración como garantía de estabilidad. Sin embargo, los comunistas portugueses (que todavía soñaban con la ampliación del papel del Estado y una economía centralizada) se opusieron a la integración a la CE, bajo el argumento de que tal cosa alargaría el camino hacia la revolución; pero finalmente aceptaron lo irreversible en 1988.

El debate sobre su estatus internacional presenta un planteamiento más complejo. Conservadores y centristas de ambos países aceptaban el paralelismo entre la CE y la OTAN. Los socialistas portugueses apoyaban el euro-atlanticismo; mientras, los partidos comunistas mostraban preocupación (en España) y se oponían a ello (en Portugal). Los conservadores, centristas y socialistas en Portugal, sin embargo, consideraban la integración a la CE, y también a la OTAN, como una oportunidad para que el ejército desarrollara una misión no política, lejos de las tentaciones coloniales del pasado.

En general, la adhesión de Portugal y España no fue tarea fácil: una combinación de diferentes factores, en su mayoría económicos, pero también políticos y relacionados con un sedimento de pesimismo que demoró el proceso de integración europeo en el decenio 1980-89, prolongó y obstruyó su desarrollo. En primer lugar, sobresalía el intento de Portugal de convertirse en Estado miembro en solitario (la relativamente pequeña economía de Portugal hubiera facilitado su inserción en la gran economía de la CE), la previa integración de Grecia en forma aislada constituía un precedente para Portugal; luego, estaba un plan del Reino Unido, liderado por Margaret Thatcher, para apoyar la adhesión de Portugal a la CE.

El proyecto reforzó el respaldo histórico que Gran Bretaña siempre había proporcionado a Portugal y apuntaló la visión de Thatcher de una CE frágil cuyas fronteras se expandían rápidamente. A pesar de que el inusual perfil económico textil de Portugal y su alto número de trabajadores emigrantes hacían su ingreso a la CE más difícil, la complejidad de su situación era insignificante en comparación con la que planteaba la posible adhesión de España. Francia observaba que añadir el sector agrícola español significaría ampliar el área de la CE en un 30 por

ciento y su mano de obra, en un 25 por ciento, lo que se suponía demasiado para el presidente francés Valéry Giscard d'Estaing, que se enfrentaba a una difícil reelección.

Mientras las perspectivas políticas no cambiaron demasiado ante François Mitterrand, un nuevo liderazgo socialista en la Península Ibérica dio nuevos ímpetus a la adhesión: Mario Soares en Portugal y Felipe González en España formaron un grupo de presión con los líderes socialistas griegos, y conjuntamente forjaron una coalición informal en el sur con Francia e Italia, también dirigida por partidos socialistas. Cuando otro socialista, Jacques Delors, fue nombrado presidente de la Comisión, se tomó el asunto en forma personal y la adopción del Acta Única Europea fue convertida en una de sus prioridades.

Los ajustes para financiar la ampliación, el atenuamiento de tensiones entre Francia y España relativas a la política pesquera, y un programa del Fondo Monetario Internacional (FMI) para Portugal fueron algunos de los factores que hicieron el acceso económicamente posible y aceptable para los miembros más influyentes de la CE. La voluntad política demostrada por los candidatos y la urgente necesidad de afianzarlos en una nueva Europa que sería irreversiblemente alterada en el terreno político hacia 1989 fueron los argumentos más contundentes.

Una vez que el proceso de adhesión concluyó y la nueva realidad se hizo más evidente con la aplicación del Acta Única Europea, el Tratado de Maastricht y el proceso de adopción de la moneda única, las líneas políticas referentes al presente y futuro de la UE mostraron algunos rasgos tradicionales del pasado.

Los comunistas expresaron su preocupación sobre el desempleo, mientras los socialistas (que en Portugal y España propugnaban la adopción de medidas liberales cuando accedieran al poder) resistieron lo que se percibía como falta de dimensión social en la nueva UE." Desde entonces, las diferencias ideológicas entre ambos gobiernos (alternados entre socialistas y conservadores) afortunadamente no se han traducido en rencor o falta de cooperación.

Obligados a cooperar

España y Portugal progresaron como socios económicos, políticos y culturales desde que se convirtieron en Estados miembros de la UE. Al margen de las iniciativas europeas durante varios siglos desde que perdieron las colonias latinoamericanas, Portugal y España continuaron aislados el uno del otro, "viviendo de espaldas" o "*de costas voltadas*".

Los portugueses no confiaban en los españoles, tal y como se da entender en una expresión popular: "*Da Espanha, nem bom vento nem bom casamento*" (de España, ni buen viento ni buen casamiento). Los españoles siempre se han referido a los portugueses con desdén y se han dirigido a ellos con desprecio (como consecuencia de la ignorancia). Frecuentemente, los portugueses reaccionan ante semejante trato con una actitud defensiva y distante para confirmar su especificidad nacional.

Existen tanto percepciones históricas como realidades palpables tras semejante falta de convergencia. A veces, sin embargo, la desconfianza y los malentendidos fueron causados por un exceso de *similitudes e influencia mutua*, convenientemente ocultas por las respectivas *élites* económicas y políticas de ambos países.

Por ejemplo, el movimiento republicano que logró derribar la monarquía portuguesa en 1910 se inspiró en el experimento de la Primera República en España. Como consecuencia, el establecimiento del sistema republicano portugués en los albores del siglo xx permaneció en la mente de los republicanos españoles, que esperaban su oportunidad para destronar a la dinastía

de los Borbones. Los monárquicos españoles ayudaron a sus homólogos portugueses en los esfuerzos de éstos por reclamar el trono.

Los españoles no quieren recordar que, en 1808, durante la búsqueda de un heredero para la Restauración, se ofreció la Corona de España a Don Luis de Portugal, pero tal iniciativa fracasó como consecuencia de la presión ejercida por Londres. Ésta podía haber sido una venganza de Portugal, por haber estado bajo el dominio de la Corona española en los siglos XVI y XVII. Irónicamente los nacionalistas de Portugal pasaron, de ser antibritánicos, a ser antiespañoles.

Para completar esta curiosa “cooperación”, Salazar apoyó a Franco durante la Guerra Civil española, por temor a que el triunfo republicano se derramara sobre la “frontera de papel”, como la llamaba cariñosamente el dictador español, o sobre la “cortina de corcho”, como la población vecina la había bautizado en forma sarcástica. Durante la Segunda Guerra Mundial, la tentación de ambos líderes autoritarios de entrar en el conflicto presentaba un panorama inquietante. Como Portugal apoyaba a Gran Bretaña, Franco se hubiera visto en la obligación de decantarse por Hitler, lo que hubiera llevado al final de la soberanía portuguesa. Desde un punto de vista pragmático, el general y el profesor firmaron un Pacto de Amistad y no Agresión en 1939, conocido en ambos países como el *Pacto ibérico*.

Esa etiqueta ha sido despreciada por los demócratas españoles y firmemente rechazada por las autoridades democráticas portuguesas. Con referencia a documentos y declaraciones oficiales, “Iberia” e “ibérico” no son términos preferidos en el vocabulario portugués porque, entre otras razones, ocultan la identidad portuguesa y evocan recuerdos del imperialismo español. Lisboa prefiere otras expresiones, como *cimeira luso-espanhola*, para denominar a la cumbre entre ambos gobiernos.

La cortesía, las buenas formas y el sentido pragmático han sido parte del guión oficial entre España y Portugal. Don Juan de Borbón, heredero del trono español, trasladó su residencia de Suiza (donde dejó la frialdad y naturaleza no ibéricas de las lenguas habladas allí) a Estoril, cerca de Lisboa, para estar cerca de España. A consecuencia de esto, su hijo, el rey Juan Carlos I. recibió su educación inicialmente en portugués. Al final del régimen de Franco, las sedes diplomáticas españolas en Oporto y Lisboa fueron incendiadas y saqueadas como consecuencia de la ejecución de varios terroristas en 1975; sin embargo, este incidente fue prudentemente silenciado por el nuevo gobierno portugués y la decrepita dictadura española.

Una vez firmados los documentos necesarios para la membresía en dos ceremonias separadas celebradas el mismo día, la primera por la mañana en Lisboa y la segunda en Madrid por la tarde, España y Portugal quedaron libres para expresar su singularidad tratando los problemas generales de la Comunidad. Lisboa aceptó de mala gana el hecho de que España, percibida como una amenaza, no sólo fuera socio miembro de la OTAN, sino uno de los cinco “grandes” Estados de la CE, con mayor número de diputados en el Parlamento y dos comisarios. Portugal pronto empezó a ejecutar hábilmente su política hacia España bajo la sombrilla de las instituciones comunitarias, a través de Bruselas, con el objeto de evitar la “protección” de ésta.

En primer lugar, Portugal y España discrepaban en su actitud respecto al supranacionalismo y el intergubernamentalismo. Lisboa apoyaba la postura de Gran Bretaña de defenderse a sí misma. No obstante, a medida que pasaron los años, Portugal se dio cuenta de que España era también uno de los países “pobres” y que necesitaba aliados en la lucha para proteger los fondos de cohesión.

A pesar de algunas discusiones bilaterales concretas (como la percepción portuguesa de que España lo estaba “invadiendo” económicamente y la existencia de otros desacuerdos

referentes a la distribución del agua de los ríos), España y Portugal estaban, paradójicamente, de nuevo *condenados a entenderse*. Portugal tuvo la inteligente conclusión de que llegar a Bruselas en la compañía de Madrid iba a redundar en su propio beneficio.

Si no hubiera sido por la incorporación de España y Portugal a la cada vez más integrada CE, con la consiguiente normalización de las relaciones entre ambos países ibéricos, sus lazos económicos, casi inexistentes antes de 1986, no hubieran mejorado tan sustancialmente y con tanta rapidez. Hoy en día, el pueblo portugués se ha reconciliado con la omnipotente presencia de su vecino. *España y Portugal ya se miran de frente*. Ambos países están más integrados, tanto mutuamente como dentro del conjunto de Europa. Reflejando el sentir portugués acerca de esta simbiosis, el novelista José Saramago provocó una polémica al sugerir que Portugal debería pasar a ser una comunidad autónoma de España. El alcalde de Oporto plasmó una nueva entidad: "Iberolux", adaptación del Benelux, la entidad compuesta por Bélgica, los Países Bajos y Luxemburgo.

Bibliografía selectiva

- Álvares, Pedro. *The Enlargement of the European Union and the Experience of Portugal's Accession Negotiations*. Lisboa: Instituto Nacional de Administração, 1999.
- Alvarez-Miranda, Berta. *El sur de Europa y la adhesión a la Comunidad: los debates políticos*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas/Siglo Veintiuno de España Editores, 1996.
- Arenal, Celestino del. "La adhesión de España a la Comunidad Europea y su impacto en las relaciones entre América Latina y la Comunidad Europea." *Revista de Instituciones Europeas*. Vol. 17, Núm. 2, 1990, pp. 329-368.
- Barón, Enrique. *Europa en el alba del milenio*. Madrid: Acento Editorial, 1999.
- Bassols, R. *España en Europa: historia de la adhesión a la CEE 1957-1985*. Madrid: Estudios de Política Exterior, 1995.
- Economía Exterior. *Portugal y España, convergencia irreversible*. Madrid, Num 10, Otoño 1999, EFE, "El alcalde de Oporto apuesta por un "Iberolux" para Portugal y España", 4 febrero 2020. <https://www.efe.com/efe/espana/destacada/el-alcalde-de-oporto-apuesta-por-un-iberolux-para-portugal-y-espana/10011-4165803>
- El País, "Saramago profetiza que Portugal y España acabarán siendo Iberia", [15 jul 2007](https://elpais.com/internacional/2007/07/15/actualidad/1184450405_850215.html). https://elpais.com/internacional/2007/07/15/actualidad/1184450405_850215.html
- Hermano Saraiva, José. *História concisa de Portugal*. 17th ed. Lisboa: Publicações Europa-América, 1995.
- Ortega, Andrés. *La razón de Europa*. Madrid: Ediciones El País/ Aguilar, 1994.
- Política Exterior. Fundación Afonso Henriques. *España-Portugal*. Horizonte 2010.
- Roy, Joaquín, and Aimee Kanner "Spain and Portugal in the European Union", *The European Union and the Member States: Cooperation, Coordination, and Compromise..* Eleanor E. Zeff and Ellen B. Pirro (eds.) Boulder, CO: Lynne Rienner, 2001, pp. 235-263.
- Roy, Joaquín, y Aimee Kanner. "España y Portugal en la Unión Europea", México: Universidad Autónoma de México (UNAM), 2001. Monografía.
- Roy, Joaquín, y María Lorca (eds). *Spain in the European Union: the First Twenty Five Years (1986-2011)*. Miami: European Union Center/Jean Monnet Chair, 2011. <http://www6.miami.edu/eucenter/books/SPAIN-EU-25.jpg>

- Sánchez Hidalgo, Emilio. “Portugueses en España y españoles en Portugal cuentan qué nos une y qué nos separa”, *El País*, 18 febrero 2020.
https://verne.elpais.com/verne/2020/02/10/articulo/1581335096_567549.html
- Seabra, Maria João. *Vizinhança Inconstante: Portugal e Espanha na Europa*. Lisboa: Instituto de Estudos Estratégicos e Internacionais, 1995. Cadernos do Lumiar, 5.
- Seixas da Costa, Francisco. “Dez anos de integração europeia.” (Intervenção ao Seminário ‘Dez Anos de Adesão à CEE: Balanço retrospectivo’). Évora, 28 novembro 1996.
- Torre Gómez, Hipólito de la (ed.) *Portugal y España contemporáneos*. Madrid: Marcial Pons, 2000.